

# COSQUILLAS



30  
CÉNTIMOS

## LA CAMARERA DEL HOTEL-HITO

Precioso y sugestivo número que el maestro Guerrero va a añadir a la archiaplaudida y dos veces centenaria zarzuela "Las mujeres de Lacuesta".

Figurín de Demetrio.

Demetrio



---

## ALBUM DE BELLEZA

### UN PUNTO EN LA MEDIA

---

Las dos primas se disputan la posesión de las únicas medias íntegras y perfectas en su tejido. “¡Deja que me las ponga yo, y mañana te las pondrás tú!” “¡No quiero; porque además de que estoy segura de que estas medias son mías, desde hace dos días tengo un punto en las que llevo no gras.” “¡Tú harás dos días que tienes un punto en la media; pero a mí ya hace dos horas que me está esperando un punto en el cabaret, y me las pongo por riñones!” Por la determinación irrevocable, INCÓRDIEZ.

---

# CO/QUILLAS

REVISTA COMICO  
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:  
CENTRAL ADMINISTRADORA

DE  
PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.17 S.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCO DIEZ

Año I Madrid, 13 de Noviembre de 1926 Núm. 7



R. 4918



De un periódico nocturno:  
"En Marruecos continúa el régimen de lluvias."  
¡Caramba! Eso lo consideramos una crueldad acuática y pedimos a las autoridades que suspendan dicho régimen.

\*\*\*

La señorita Lays, conocida feminista, al comentar cierta actitud despectiva de un grupo de afiliadas poco entusiastas, ha dicho como comentario:

—¡A nosotras ni nos va ni nos viene!

Nosotros somos más parcós en el comentario:

—No nos va, sencillamente.

\*\*\*

No tenemos más que un redactor especializado en algo que no sea su modalidad al escribir o por asuntos de su preferencia. Es nuestro redactor de honda. Pero no crean ustedes que es un radioescucha (1): es vaquero, y en sus ratos de ocio se dedica a astillar cuernos con su certera honda.

(1) Ya sabemos que onda, con referencia a radioescucha, es sin h. No vaya a salirnos un gramático incordiano y nuestro redactor de honda le tenga que avisar.

**Este número ha sido revisado por la censura.**

(1) Léase luche.



Si vas al cine y a tu lado izquierdo te toca una de esas mujeres estupefactas, aprovéchate.

Si es de las que en cuanto las tactas sacuden, huye: ya te he dicho que te aproveches SI TE TOCA.

¡Si te toca ella primero!

\*\*\*

Si una mujer, casada o viuda, acepta tu compañía y paseáis por lugares apartados de la población, muéstrale el periódico que llevas para ponerlo debajo; y ella, bajando los ojos, te dirá: "¡Bueno..., si es usted un caballero!..."

\*\*\*

Quando un botones te traiga una carta, métete los dedos índice y pulgar en el bolsillo, y luego los vuelves a sacar.

El momento en que el botones ha creído que le darías propina, ha sido feliz.

\*\*\*

Si tu amante te pide un beso, dale siete. Si te pide un duro, dale catorce reales.

\*\*\*

Si vas al cine, convéncete, antes de explorar, de si tu vecino de butaca es hombre o mujer. Porque a lo mejor extiendes la mano y crees que te tocas a ti mismo.



# La Mujer Que se Hincho De Esperar...

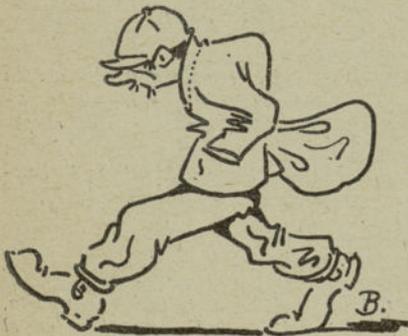
(Tan novela como la primera)

## CAPITULO III

TREINTA Y DOS AÑOS, TRES MESES Y DOS DÍAS ANTES

La compleja labor del probo novelista trae aparejados y con bozal ciertos *lapsus* que es conveniente ir aclarando y poniendo en leña, para evitar que el cariñoso lector prorumpa en estentóreas indirectas a los respetables autores de nuestros buenos días.

Así, pues, para evitar ulteriores barullos y hacer más diáfana la explicación de los acontecimientos subsiguientes, ha de retrotraerse el



lector treinta y dos años, tres meses y dos días antes del desarrollo de los sucesos relatados en los anteriores capítulos.

Estamos, pues, en el 29 de julio de 1894, en pleno apogeo de los tranvías de mulas, el alumbrado de gas y las *estocás* de Mazzantini.

Es una noche negra. ¡Negra como el chisme calumnioso que lanza una mujer para enlodar la honra de un rival! ¡Negra como casi todos los chismes de casi todas las mujeres!

La calle del Sombrerete, que en

aquella fecha tenía la entrada por la plaza de los Mostenses y la salida a Almagro, era lonja de contratación del agio venusino. Queremos decir que allí enseñaba dos pesetas cualquier opositor, y ya era. Y ya era hora de que viesan algo en plata, porque en la susodicha lonja el que ofrecía cincuenta céntimos sacaba raja.

De un portalillo oscuro y tenebroso surgió la asustada figura de un hombrecillo contrahecho y andrajoso, verdadero engendro humano, heraldo de todas las lacerias de la carne, y tras él una voz aguardentosa y carraspeante que le increpaba.

Hemos dicho que primero, salió el heraldo y luego la voz. Evidente.

Y la voz gritaba:

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡No mereces otro nombre!

El hombrecillo, acuciado por el terror, corrió, pegándose a las casas, hasta ganar la esquina. Y de que la ganó, debieron de dársela, porque se esfumó en las sombras de la noche.

La voz seguía percibiéndose, más débil de vez en vez. Y gemía, trémula y angustiada:

—¡Godofredo! ¡Godofredito!... ¡¡Maldito sea tu padre, so guarro!! ¿Tú crees que se le *pué* hacer esto a una gachí como una servidora?

Como para un novelista no hay más puertas cerradas que las del indecente sastre y las del zapatero misérrimo, penetremos en la habitación de donde partió el romántico lamento mencionado.

Una habitación alta de suelo o baja de techo, como ustedes elijan, con tal de que se hagan a la idea de que allí no podía empinarse ni Diego San José; un jergón de paja, dos sillas cojas, una mesa camilla y varias cromolitoguarrerías constituían todo el ajuar del cuarto.

Bamboleándose en una de las sillas romanónicas, la señá Rita *la Cascabeles*, llamada así por los conciertos ejecutados en los aledaños del Botánico, en los cuales se acompañaba del aludido si que sonoro boliche, y no siempre con éxito, porque malas lenguas afirman que allá se iban sus triunfos con sus meneos.

De pie junto a la puerta, con la misma salida de teatro con que su tía la parió, está Pura *la Trueno* increpando a Godofredo—el fugitivo chepa—con los más hiperbólicos adjetivos de su repertorio.

Cogida con la diestra mano tiene una criatura de dos años y sexo oculto si que cochino, a juzgar por la costra de marranería que recubre al angelito. En el brazo izquierdo sostiene a un niño que mama de la repleta ubre de su madre. Esta sigue increpando al huído:

—¡Charrán! ¡Hijo de Buda!

A la injuria soez tiembla la niña y se estremece el mamón.

—Achántate, Pura—aconseja Rita *la Cascabeles*—; tos son lo mismo. La culpa la has tenido tú, por capricharte de un galápago...

—Pero es que el galápago ese, que me se acaba de llevar hasta la ropa de salir, me ha dejao dos hijos sin reconocer... ¡Dos naturales, señá Rita, dos naturales! Y uno de pecho.



—Belmontista que te ha salío el hombre.

En este antro, en este ambiente de podre y de vicio se crió la protagonista de esta novela.

Porque no serán ustedes tan primos que no se hayan dado cuenta de que los pequeñuelos de Pura eran una niña y un niño.

Bien, pues la niña es la que en el capítulo segundo aparece con Leonardo en un descampado de Getafe confeccionando un perol.

Y en cuanto al niño que succionaba ávido y glotoncete de la materna ubre, ¡oh! ¡ah! ¡eh!

Aquel niño... ¡¡era Clara!!

“BELORCIO”

Como podrán apreciar ustedes, este final que ha puesto “Belorcio” al presente capítulo es de garabato, y no está bien entre personas de calidad, y mucho menos entre compañeros echarse la zancadilla de esa manera.

Porque el faláz “Belorcio”, sabiendo que yo tenía que escribir el capítulo siguiente, o sea el cuarto, termina el suyo afirmando que ¡aquel niño... era Clara!...

Díganme cómo empiezo yo ahora, después de esa barbaridad... En fin, hay más días que barras de salchicha, y... ¡ya nos encontraremos por algún descampao!

Vuestro,

INCÓRDIEZ

## Madrinas de guerra

Las solicitan:

Juan Martínez Cívico, Angel Alvarez Monasterio y Agustín Rodríguez Bueno, soldados del regimiento de Infantería de Melilla, número 59, de la segunda compañía, zoco del Jemis, Melilla.

E. Pulido Montellano, batallón de Ingenieros de Tetuán, compañía de Ferrocarriles, Tetuán.

Roberto Ortuño Gálvez, Máximo Mosquera y Valentín Pérez, de la Jefatura de Ingenieros de Cardenosa (Axdir), Alhucemas.

Alfredo Suárez, Centro Electro-técnico y de Comunicaciones, Tetuán.



¡HIJA DE MI CORAZON, por Picó.

¡Qué lástima de que ya no haya sátiros en los bosques y grandes jardines públicos!... Porque, como era una sorprendida y violentada..., encima el marido nos daba la tila.

## Precios de suscripción de “Cosquillas”

ESPAÑA Y MARRUECOS  
ESPAÑOL

AMÉRICA Y PORTUGAL EXTRANJERO

Semestre...	8 pesetas.	Semestre...	10 pesetas.	Semestre...	14 pesetas.
Año.....	14	Año.....	16	Año.....	22

Los pagos son adelantados.—En España y Marruecos pueden efectuarse por giro postal o sellos de Correos que no sean del Protectorado de Marruecos De Portugal, America y Extranjero deberán efectuarse en pesetas, por cheque, a nuestra orden.

## EL CABARET, por MIHURA





Les juramos a ustedes que habrá tanta belleza en nuestro Almanaque, que nos parece que la hemos acaparado toda.

## Emborracharse es un asunto serio

La humanidad es injusta con los borrachos. Piensa la gente que emborracharse es un vicio, y no hay quien crea que un beodo contumaz es un mártir o, cuando menos, un asceta. Se imaginan los pacatos a los curdas en perpetua juerga y en perpetua risa, y es lo cierto que para emborracharse hace falta tanta austeridad y tanto valor como darse en las carnes con unas fieras disciplinas en expiación de culpas. Y, si no, preguntárselo a don Noé —vive, bebe, tiene nombre propio y es popularísimo en la corte; pero hemos de recatar su personalidad tras el seudónimo—, que es un caso representativo.

Don Noé, comerciante adinerado y honesto esposo y padre de familia—tres lindísimas hijas—, no cede a nadie en seriedad para los negocios. No es aun de día cuando, en todo tiempo, se alza del lecho para abrir su tienda. Horas y horas las pasa tras el mostrador y en el escritorio. Come siempre en la buena compañía de los suyos el yantar familiar, y jamás se le ha cruzado por las mientes la fermentada idea de hacer traición a la fe que jurara en los altares a su fiel compañera. Pero don Noé, desde que compró la primera cajetilla de cincuenta, antes, mucho antes de ser dueño de su acreditado negocio; mucho antes también de unirse a doña Cinta para dejarla en ídem y fundar un hogar, tenía—y tiene—la costumbre de, al caer de la tarde, cerrado ya el establecimiento y en lo que llega la hora de la cena, darse una vuel-

tecita por La Sevillana y por Las Delicias, por Los Gabrieles y por El Sanatorio, sin amigachos y sin tonterías, con el solo objeto de beberse unos chatos y de gustar unas tapitas excitantes. Y es fatal. No falla. No ha fallado en seis lustros bien corridos. Don Noé, al tornar a su casa, no ve las escaleras ni acierta con los picaportes. Cae de bruces en un cómodo sillón que tiene—como los de los dentistas—vomitorio y enjuagadero, y allí se sienta, acorrido por sus familiares, hasta que puede trasladarse al lecho para recomenzar al día siguiente su vida laboriosa y a la tarde siguiente su afición favorita...

La semana pasada, sin embargo, don Noé hubo de prescindir un día de su costumbre. Se casaba la mayor de sus vástagas. Se lo habían encarecido a coro. No parecía bien que ante los invitados se luciera el sillón ortopédico. Había que hacer ese supremo sacrificio en obsequio a la desposada y por el qué dirán...

Y don Noé fué casto. Con la más cortés de sus sonrisas y las más amables de sus frase iba de un lado a otro entre los grupos de invitados a la boda—lo habéis leído en los periódicos—haciendo los honores de la casa. Sirviendo con su propia mano jerez, champán, benedictino, las bebidas más capitosas y atrayentes, no fué osado de catar ni una gota. Entre aquella juventud bulliciosa y aquellos señores y señoras que se empapuzaban como chotos con dos madres—¡y qué modo de sorber y de tragar!—, la



SOLA, por Picó.

—Por haber reñido con Pepito y con Luis, ahora... tendré que sentarme en el cine al lado de cualquier desconocido.

figura ecuaníme de don Noé era como la estampa de la Templanza, como un guardia de la porra en un baile de máscaras, como un doctor en patio de alienados...

De repente vinieron a avisarle. Jovita, la segunda de sus chicas, una morenucha ardiente, de la piel del diablo, había bebido con exceso y estaba allí dentro, agoniosa y desfallecida, en una alcoba retirada y oscura. El sudor frío perlaba su frente, y de su pecho se escapaban suspiros angustiosos...

Era una *baba* resistente al éter, al amoníaco y a las abluciones. Una *baba* genial. Una *baba* virgen. Un ejemplar curioso... Don Noé hizo aportar el sillón de las suyas, tan muelle y tan propicio, e instaló a la chavala. ¡Como él! ¡En el hueco marcado por el cuerpo de él! Y puso en juego el receptáculo del vomitorio y el *verre d'eau* del colutorio refrescante. ¡Como a él! ¡A su imagen y semejanza! Y la muchacha se moría, se desmayaba, se quedaba hueca...

Y don Noé, cerrando la puerta de la alcoba, a solas con su esposa y con su prole, señalando a la víctima, les dijo:

—¿Qué me decís ahora? ¿La veis sufrir? Pues iguales sufrimientos son los míos. ¡Y los paso a diario! Y vosotros, ¡ingratos!, no me compadecéis. ¡Y me llamáis vicioso!...

Y doña Cinta, y los recién casados, y la soltera, y la apapalinada:

—¡Perdón, papá! ¡Perdónanos!

Media hora después don Noé ocupaba su sitio en el sillón. Y su familia le velaba el sueño.

—¡Es un santo!—decían—. ¡Es un santo que tiene alma de mártir!...

LEOPOLDO BEJARANO

LISTA DE HONORABLES  
Corresponsales que no pagan así les canten el schotis de  
Las mujeres de Lacuesta:  
Vigo: D. Emilio Rey.—Granada: D. Doroteo Salas.—  
Ripoll: D. Francisco Fábregas.



¿Cuál es el colmo de un avaro?  
Vacunar a las cerillas malas  
para ver si prenden.

¡Cómo me gusta que me azote el aire!... ¡Es el único que no se vanagloria después!

Dib. de Moliné.

# Las mujeres de Lacuesta

Gracias a la amabilidad de Antofito Paso, nuestro cordial amigo, y a la no menos cordial amistad de Loygorri, publicamos esta semana una escena de la dos veces centenaria zarzuela con sesenta mil duros de música del maestro Guerrero (¡que te queremos Jacinto!), *Las mujeres de Lacuesta*.

Bueno, y si se hubiera negado Antofito a que publicáramos la escena hubiéramos dicho de él más de cuatro cosas de esas que no se arreglan más que con un *suspenso*, y ya sabe a qué asignatura amorosa nos referimos.

*(Teobaldo y Leona. Este la trae sujeta por el talle y finge estar muy acararamelado. Ella le mira y escucha embelesada.)*

TEOBALDO.—Pasa, querubín mío, pasa y no temas nada, que estás en los brazos de tu Teobaldito.

LEONA.—*(Que es una mujer como de unos treinta y siete años, lleva el pelo a la garsón, teñido en rubio, una falda por las rodillas y viene muy acicaladita y ridícula.)* ¡Ay, Teo! ¡Qué disgusto voy a dar a papá!

TEOBALDO.—No lo creas. Papá accederá a nuestra boda al notar que nos amamos como dos palomos. *(Intenta besarla.)*

LEONA.—¡Teo por Dios! *(Separándose.)* Que hay cosas que en una señorita no están bien.

TEOBALDO.—¿Que no están bien, con el que va a ser tu marido? Anda, déjame deslizarme en tu cido palabras amorosas.

LEONA.—¡Ay, qué pico! ¡Pero qué pico tienes! ¿Me querrás siempre?

TEOBALDO.—Quererte es poco. Te idolatro. Ven, siéntate aquí en este taburete y bebe una copa de champán por el triunfo de nuestra felicidad, que se acerca. *(Buscando la copa.)* ¡Caray, dónde está la copa! Debe ser ésta... Anda, no tengas miedo... *(Dándose.)*

LEONA.—*(Bebiendo.)* Es que estoy nerviosísima, pensando en el efecto que le habrá hecho la carta a papá...

TEOBALDO.—¿Y qué? ¿Le pusiste todo lo que te dije?

LEONA.—Exacto. Sobre todo el final era decisivo: "Ya lo sabes, me voy con Teobaldo, que es mi vida entera; si te opones a este enlace la arena del camposanto cubrirá este cuerpo."

TEOBALDO.—¡Tu cuerpo en la arena!

LEONA.—*(Continuando.)* "Y una de dos, o me esperan sus brazos o la tumba."

TEOBALDO.—Esto de la tumba creo que le habrá hecho efecto...

LEONA.—Mi vida allí, en casa, era un imposible. Papá se ha casado con una mujer que puede ser su hija, y eso de tener una madrastra es muy doloroso.

TEOBALDO.—¡Mi muñequita!

LEONA.—¿De veras que te casarías conmigo?

TEOBALDO.—Aunque tu padre se oponga. Y si no consiente que nuestro matrimonio sea canónico, nos casaremos por detrás de la iglesia...

LEONA.—¡No! Por detrás, no, Teobaldo. Las cosas hay que hacerlas bien o no se hacen.

TEOBALDO.—Como tú quieras, Leonita.

LEONA.—¿Y la luna de miel? ¿Dónde pasaremos la luna?

TEOBALDO.—¿Quieres que te lleve a Palos?

LEONA.—¿A palos tan pronto?

TEOBALDO.—Si digo a Palos de Moguer, donde vistes marchar a Colón, ¿no te acuerdas?

LEONA.—A mí me gustaría que me llevaras al Norte.

TEOBALDO.—¿Y al Este no te gustaría ir?... Rusia, por ejemplo.

LEONA.—Preferiría un país más calido.

TEOBALDO.—*(Aparte.)* Pues a la Ha-

bana no te llevo, porque te subes a un árbol.

LEONA.—¿Qué te parece Egipto?

TEOBALDO.—Para una momia es lo indicado...

LEONA.—¿Cómo?

TEOBALDO.—Pero no para nosotros, que somos dos amantes ebrios de placer...

LEONA.—Pues si somos dos ébrios, ¿por qué no nos vamos a Guadalajara?

TEOBALDO.—El sitio ideal para nosotros es Venecia. ¡La cuna de los enamorados!

LEONA.—¡Eso! ¡Eso! ¡Venecia!

TEOBALDO.—Deslizarnos en una góndola sobre el canal silencioso, donde tantos reyes y príncipes se han amado.

LEONA.—Es verdad. Oye, ¿la reina Isabel no fué por allí?

TEOBALDO.—¿Por qué lo dices?

LEONA.—Porque yo he oído hablar del Canal de Isabel II. ¿Eso cae por Venecia?

TEOBALDO.—Eso cae por Lozoya...



—¡Tío marrano! ¡Abusar de una mujer débil! Pero..., ¡bueno! ¡Ahora va usted a repetir conmigo lo que acaba de hacer con mi hija!...

Dib. de Bluff.



A la mujer "de la vida"  
no la trates con desden  
que antes de ser "de la vida"  
ha sido mujer de bien.

Esta es una bonita copla, y un servidor lo reconoce, como reconoce a Thullier cuando se caracteriza.

A las mujeres de la vida alegre hay que tratarlas con educación y principios, pues no porque se dediquen a arrugar sábanas son menos dignas de respeto que las que no las arrugan más que cuando tienen la gripe y se sofocan.

Yo antes, lo confieso con la ingenuidad de que soy poseedor, cuando tenía ganas de un rato de solaz amoroso, me dirigía a una dama de esas que se apoyan en una esquina con farol y la espetaba:

—¿Cuánto llevas, guapetona?

—Ocho pesetas, *salao*—me contestaba la joven situándome una mano en una solapa.

—Te doy cuatro y un caramelo *pa* después.

—Eso se lo das a tu tía la de Irún, que es muy golosa, *so cerdo*.

Y, como es natural, la vendedora de

caricias se empezaba a meter con mi familia de una manera, que en ese momento me dice un íntimo que soy inclusero y le convidó a una caña.

Pero desde que leí la citada copla las trato con un mimo y una finura que los habitantes de Versalles, a mi lado, era unos albañiles de las Ventas sin ocupación.

Ahora me dirijo a la preferida, me descubro galante, tiro el pitillo para no molestarla con el humo y la digo con la más elegante de mis múltiples sonrisas:

—Mire usted, señorita. Perdone que la interrumpa en sus meditaciones; pero la he visto a usted y la apetezco. ¿Cuánto me podría llevar por pasar un rato disfrutando de su amena charla en un lugar mullido y reservado?...

Y la joven no se mete con mis antecesores, ni mucho menos. Lo que hace es llamar a sus compañeras y empezar todas a tirarme piedras a la cabeza, como si no les gustase el borsalino marrón con que me toco.

Porque, hay que reconocerlo, es que son más ordinarias que una vajilla de cuatro duros.



PIROPO, por Bellón.

La gorda.—¡Antes de que usted consiga algo de ésta tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

El.—¡Prefiero pasar sin que se muera usted! ¡¡Chatorrona ricucia!!

Y se va con finezas a estas chicas paseantes, y se creen que nos estamos quedando con ellas y con sus padres.

Y no solamente son ordinarias, sino de una inoportunidad que molesta a los metódicos y a los cordobeses.

Va uno por la noche a un asunto urgente, con el tiempo justo para solucionarlo, y, para acortar camino, se nos ocurre pasar por una de esas calles en que abundan las señoras libertinas.

Bueno, pues precisamente esa noche las catorce damas que pululan por la acera le llaman a uno, le ofrecen delicias sin límites y hasta, agarrándonos por una bocamanga, pretenden arrastrarnos hasta cierta casa de mal aspecto, prometiéndonos hacer todo el trabajo por un precio casi regalado.

—Mira, rica, hoy no, que tengo que resolver un asunto que me interesa.

—No importa. Terminamos en seguida.

—Es que a mí estas cosas me gusta hacerlas con un reposo de sanatorio serrano.

—Pues deja el asunto que tengas entre manos y vente conmigo.

—La que debes dejar el asunto que tienes entre manos eres tú, porque yo agradezco mucho tus caricias, pero ya te he dicho que hoy no puede ser.

Y así sigue la discusión durante tres cuartos de hora, hasta que, ya cansados, se nos ocurre decirle que no tenemos ni un real ni esperanzas de adquirirlo.

—¡Pues lo podías haber dicho antes, gracioso!...

—Preciosidad etrusca, te lo estoy diciendo hace un rato prolongado y no te percatas.

—Pero es que yo me creía que la negativa se debía al asunto de que hablabas, y por eso trataba de convencerle; si yo llego a saber que la causa era la escasez de moneda, te iba a convencer Lenin.

Y en seguida da media vuelta y se va murmurando frases obscenas.

Y esto le sucede a uno cuando, como ya he dicho, pasa uno por esas calles como si pasase por un argentino adinerado para darse tono.

Por eso cuando, después de notar que nos duele la cabeza con frecuencia y vemos caderas femeninas hasta en las legumbres, nos decidimos un primero de mes a hacerlas una visita (no a las legumbres, sino a las jóvenes alegres) y a gastarnos cinco pesetas con ellas y una en el utensilio usual e higiénico, nos volvemos locos de coraje por la siguiente razón que explico.

Después de cenar fuerte, para llegar con fuerzas a la entrevista, se va uno a un café, dilapida una moneda en un coñac, y a las dos horas se dirige uno a cualquier calle concurrida y de mala nota, diciendo para sus adentros:

—Hoy, en cuanto una me llame y me proponga alguna caricia, la miro el tipo y, si me hace, la atizo un duro y me adhiero a la idea.

Pero empieza uno a pasear entre las niñas, y ni por casualidad se acerca una

para lanzarnos cualquier palabra de amor.

—Es que no habrán caído—nos decimos—. Daré otra vuelta.

Y damos más vueltas que el taquillero de un cine popular; pero con el mismo resultado negativo.

Las jóvenes están distraídas hablando de sus negocios o llamando a otros individuos de asequible aspecto, y a nosotros nos hacen un caso omiso.

—¡Bueno, pues yo no me quedo así! Yo me paseo hasta que me digan algo, porque me parece una primada acercarme yo a proponerlas el asunto que tengo intención de ejecutar.

Y seguimos dando vueltas por la avenida hasta las tres y pico de la madrugada, sin que ninguna se acerque ni para preguntarnos la hora exacta en nuestro Longines niquelado.

Hasta que al fin repara una en nosotros, se lo dice a la compañera más próxima, y, lo único que se les ocurre decir es la siguiente ordinariéz:

—Oye, Nati, ¿has reparao en ese sujeto? El muy curioso está dando vueltas por aquí desde la hora del vermú...

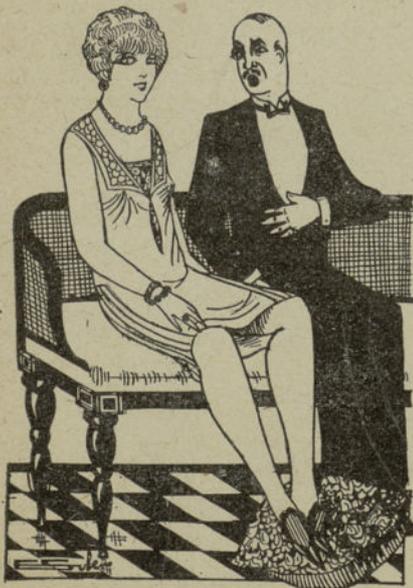
Y la otra orate responde:

—Sí, se conoce que está tomando apuntes para hacerse un árbol de frutos rezumantes.

Y empieza a organizarse una chunga que no tenemos más remedio que volvernos a casa, encerrarnos en una habitación, quitarnos el susodicho reloj de pulsera y empezar a pensar en alguna señora conocida y agraciada, hasta que el pensamiento surta el efecto deseado.

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)



El.—Yo te ofrezco un amor inmenso y once mil duros.

Ella.—Le hago una rebaja en el amor si me da más dinero.

Dib. de Soler.



ANUNCIO, por Demetrio.

—Señora de buenas carnes, sin demasia, guapa y viuda desde hace cinco años, ofrece alcoba a caballero solo. Sólo por la tarde.

Suplicamos a nuestros lectores disculpen hasta el próximo número, la falta de Fernando Luque (la grave falta de no enviar el cuento), que está atareadísimo con la preparación del estreno en Novedades, de su nueva producción "Pastorela".



## Charlas de Incórdiez

### Cerebral

Decididamente el asunto de las mujeres sigue tan peliagudo como siempre. No hay medio de que ni siquiera por un semestre deje de tener importancia: un semestre que sería el oasis que necesita nuestro fatigado sistema nervioso (¡Esto es un párrafo literario y lo demás son gallinas adolescentes).

Por que ya no es nuestra carne la que anhela los contactos a que la empuja el deseo, obedeciendo al instinto animal para que fué creada... (Bueno; es que si no me tiran perras por esta charla, es que



—Hoy es el aniversario de la muerte de mi esposa. ¡Qué noche le voy a dar al pobre Pepe!

Dib. de Herreros.



—Me dijo Paquita que me arrepentiría si hacía aquéllo con Martín, y lo he hecho, y no me duele.

Dib. de Santaballa.

el cuproniquel ha vencido a la calderilla como todas las revistas del mundo piensan vencer a COSQUILLAS, ¡Ajajija! No provoquen mi hilaridad que tengo el labio seccionado!)

Yo, cuando veo una fuente de esas que salen de una peña y me dicen que el agua brota incesante desde tiempo inmemorial y que seguirá brotando por los siglos de los siglos, me entristezco hasta amararme, porque pienso en que nosotros nacemos con nuestra fuente que llaman de vida, y que más apropiadamente deben llamar de temporada, ¡porque pa lo que dura!...

Con relación a esa fuente de la peña, nuestro acueducto es un botijo, que a veces no llega a un verano con el pitorro en su sitio...

Y eso me entristece y me recuerda las veces que he tenido en reparación el acueducto en mis años mozos; en aquéllos juveniles y turbulentos años en que me creía que aquéi rico caudal no mermaría, y lo derrochaba... Aquellos tiempos en que el acueducto conducía un obeso chorro que pasados los años se ha convertido en chorrito y que dentro de pocos más inviernos quedará en humedad o todo lo más en sudor.

¡Es efímera la duración de las cosas terrenales!

Hubo un tiempo, aún no se han cumplido los dos quinquenios, que con una paciencia que era mi orgullo, se revolvió embravecido en mi ser, algo, que no se calmaba en su irritada inquietud, sino después de saciarla con dos kilos de esca-

A obscuras y calladito, palpando por la galería, tanteó las puertas, y, ¡por fin!, el picaporte de la que guardaba la musa de sus desvelos cedió sin esfuerzo a su presión. "¡Alea jacta est!", que decimos los birmanos.

Silenciosamente se despojó de sus vestiduras, y con la audacia que da el alcohol, se acercó al lecho y auscultó.

Bajo el cobertor, el cuerpo opulento y magnífico de doña Anselma se agitaba apacible y rítmico.

Acislo no dudó más, y sonriente se zambulló en el cálido lecho. Con sua-

vidad fué recorriendo el ansiado edificio carnal por zonas aisladas. Confianza, dada su práctica dactilográfica, en que cuando la interesada se diese cuenta del tanteo el juego lo tendría ganado.

Pero al llegar a determinado sector, que él juraría que debía ser más bien cóncavo y lo encontraba convexo, sintió erizársele el cabello al oír la voz gruesa y entrecortada del tartamudeante don Abundio, que preguntaba:

—¡Recontra... cadafalche! ¿Qué... qué... busca vosté... aquí?

Acislo, abotargado por el vino y sobrecogido por lo inexperado, sólo acertó a articular:

—¡Perdone usted!... Es que... ¿sabe?... he bebido mucho esta noche, y sentía unas ganas de evacuar...

Don Abundio, sin dejarle concluir, replicó:

—Pues miri... miri... ¿Sabe vosté... lo... lo que... le digo? Que... que lo haga... vosté... ¡con la suya!...

.....

FIDEL PRADO



## La pierna de oro

Volvemos sobre el asunto de la *pierna de oro*, porque ya hemos encontrado la forma de no echar las piernas a un lado, para dar gusto a los lectores. *La pierna de oro* se adjudicará por cupones a las mas bellas pantorrillas que se publiquen en COSQUILLAS, cuya publicación dará comienzo en el número nueve, en el cual, y en las hojas de *couché*, deslumbraremos a nuestros favorecedores con la visión (¡pero qué visión más rica!) de las

hermosas piernas números 1 y 2.

Recomendamos la calma a nuestros lectores y toda la serenidad de que sean capaces en el momento de tirarse a la cara la plana en que aparecerán las estupendas cuatro piernas.

También solicitamos de la cultura de nuestros lectores que no exterioricen sus impresiones con demasiado calor, prorrumpiendo en exclamaciones como: "¡Vaya patatas!" "¡Más arriba vivo yo!"

"¡Vaya una bufanda para este invierno!" y otras de este jaez que hagan parecer que hay poca costumbre de rozarse con señoras. El que más y el que menos, que haga como que no le interesan los grabados, y busque un rincón apartado en donde pueda meditar. Después de meditar, que se lave las manos.

Se os ofrece hasta de limpia-botas,

INCÓRDIEZ.

Cuentos al oído

## El intérprete

Después de haber recorrido durante varios días cuanto de notable encierra Granada, Mr. Arthur Gliddón cogió cierta noche a don Juanito, el intérprete—un joven abogado sin pleitos y sin un torlillo en la cabeza, que prestaba sus servicios en un hotel—, y se lo llevó consigo para ver la ciudad a la luz de la luna. No bien comenzaron a perderse por las revueltas callejas, D. Juanito quiso hablar; pero el inglés, seriate, le ordenó con un gesto que callara. El intérprete le obedeció. Conocía ya de sobra a aquel turista ensimismado y hurafío, que no hacía caso de sus embustes, ni desairugaba el entrecejo a pesar de sus graciosas muecas y ocurrencias. Estuvieron paseando durante un buen rato de acá para allá, sin objeto fijo, como si al inglés le agradara solamente el retumbar de sus zapatones por las silentes calles o el admirar a la ciudad, toda fantasmal y hechizada por el resplandor lunar. Al llegar a una plazoleta, en cuyo fondo alzaba su mole una iglesia, Mr. Arthur Gliddón se detuvo, y de pronto, encarándose con D. Juanito, le dijo:

—Yo estar harto ya de monumentos. Yo querer ahora mujeres... Aquí, en Granada, haber mujeres fáciles, ¿verdad?

—¿Mujeres en Granada, mister Gliddón?—le respondió D. Juanito—. Ya las verá usted... ¡Estupendas! Aquí hasta las mujeres son monumentales. ¿Quiere algo típico?

—Yo querer mujeres.

—Bueno, hombre, bueno. Usted querer mujeres, típicas o no, pero mujeres. Comprendido. El hombre, así sea muy inglés, tiene sus necesidades. Y hay veces en que éstas aprietan de firme... ¿Verdad, mister Gliddón, que hablo como un libro?

—Usted hablar como una biblioteca... Pero a mí interesarme solamente callar y andar...

D. Juanito metió al inglés por unos vericuetos casi inextricables.

Mientras lo guiaba, echaba para sus adentros unas cuentas galanas. Llevaría al "míster" a cualquier mancebía, le recomendaría a las "pupilas" para que le sacaran el dinero, y luego, al día siguiente, iría él, como ya lo hiciera en otras ocasiones, a entrevistarse con el ama, a fin de repartirse la ganancia. Aventuras como la presente suponían para él una saneada fuente de ingresos.

D. Juanito, sin embargo, no contaba con el gusto difícil del inglés. Lo condujo primero a un chamizo de baja estofa, gitanesco, con sabor de pandereta; pero con unas "prójimas" capaces de matar en

flor el deseo más arriscado. Despeluznadas, pechiabiertas, enacitada la plambre y hosclos los ojos, a Mr. Arthur no le sirvieron sino para escapar asqueado de "aquel nidal de arpías", según sus propias palabras. D. Juanito lo llevó después a una casa más decorosa, donde unas daifas de mejor cataradura que las anteriores intentaron hacerle caer en la tentación. Dos de ellas, bastante agradables, asediaron al hijo de Inglaterra con todos los arrumacos y carantoñas de que eran capaces. A pesar de su vasto repertorio, no pudieron conseguir su objeto.

—Este tío—hubo de afirmar una



El comerciante.—¿Ve la señora? La señorita modelo le enseñará a cimbrear el talle, que es en donde está la gracia de este abrigo.

El marido (aparte al comerciante).—Oiga usted, ¿no me enseñaría la señorita a mí a cimbrear la elástica?

Dib. de Bellón.

de las asaltantes—no es de carne y hueso, sino de mojama. ¡Valiente pelma!

Mr. Arthur Gliddon y D. Juanito se encontraron de nuevo en medio del arroyo. El intérprete lo animaba, temeroso ya de que se le escapara la presa.

—No se apure usted—le decía—. Ya daremos con alguna que le haga tilín. Todo es cuestión de paciencia. Con ella y con dinero...

—Yo no importarme dinero. Yo dar cuanto ser necesario por una mujer, si ésta gustarme...

—Pues entonces vamos a torcer por ese callejón...

D. Juanito estuvo así trasladando al inglés de uno en otro prostíbulo. En todos ellos ocurrió lo mismo que en los dos primeros. Mister Arthur se sentaba, paseaba por todas las muchachas la mirada fría, calmada, indiferente, de sus ojos azules, hacía una mueca de disgusto y de hastío con los labios e invitaba a su acompañante a escapar. Nada le parecía suficientemente bueno para satisfacer su ansia de hembra, y el intérprete veía con el disgusto consiguiente que cada vez se tornaban más hipotéticas las ganancias apetecidas. De pronto hubo de recordar que en cierta calle vivía una viudita, que era un cogollo de hermosura. Sabía que la tal no recibía sino muy contadas visitas de varón, y que se hacía pagar a buen precio cada rato de holgorio. Se la propuso al inglés.

—Creo que será unas cien pesetas; pero se trata de una criatura preciosa, como tal vez no la haya visto usted en su vida.

—Yo decirle ya que no importarme dinero. Yo dar todo lo preciso por pagarme un placer...

Al poco tiempo, tras de parlamentar con una vieja cotorróna, D. Juanito y el "míster" se hallaban en presencia de Flora, la viuda. Era una excelente mujer, algo otoñal, exuberante de formas y melosa de charla. La vieja les sirvió unos chatos de montilla y la suripanta menudeó sus ojeadas, sus contoneos, los mariposeos de sus manos blancas y los suspirillos y las perladas risas. El inglés pareció vacilar un poco. Una chispa de deseo relampagueó en sus pupilas; pero apagada al instante, pagó es-

pléndidamente el vino consumido y dió al absorto D. Juanito la señal de partir.

Eran las dos de la noche. Ya iba desapareciendo la luna y las sombras se coagulaban y arracimaban en los rincones. Mr. Arthur Gliddon cogió al intérprete de un brazo y le dijo con voz pausada y enérgica:

—Yo creer que perdemos el tiempo. Yo hartarme de tanto vagar por las calles. ¿No haber más que estas mujeres en Granada? ¡Por primera vez en mi vida ocurrirme a mí acostarme sin satisfacer un capricho!... Usted no buscar bien de seguro...

—He buscado bien, Mr. Gliddon—le contestó D. Juanito, desesperanzado ya de obtener alguna ventaja de aquel hombre de berroqueña—. Es que usted es muy exigente...

—Yo tener exigencias, porque estar dispuesto a pagarlas en todo su valor, aunque sea mucho. Yo dar esta noche quinientas, mil pesetas por una mujer, si ésta valerlas.

—¿Quinientas pesetas?... ¿Mil pesetas?—exclamó D. Juanito, sobrecogido de pasmo.

—O dos mil...—insistió el inglés imperturbable.

A D. Juanito le zumbaron los oídos y se le nublaron los ojos. Una ráfaga de irrefrenable codicia le cruzó por el cerebro. No pudo contenerse más. Aproximóse, pues, al turista y, con la voz trémula, le preguntó:

—Oiga, Mr. Gliddon... En vez de una mujer, ¿no le sería igual un intérprete?

JOSÉ A. LUENGO



SOLILOQUIO, por Demetrio.

—¡Pues no sé por qué no voy a ir al cine!... ¡Tiene mi madre unas manías!... Porque yo me lavo las manos antes de sentarme a la mesa.

## El letrero sugestivo

Aquello de "gran país las Américas deben ser, mamá", vamos a tener que convertirlo en una afirmación y contárselo a papá en vez de referírselo a mamá. Nos induce a ello una crónica del aristocrático *Mascarilla*, publicada en el sesudo diario *La Época*, y que se refiere a la cantidad y calidad de los letreros que cualquier transeunte puede encontrar en las calles de las ciudades norteamericanas.

Hay letreros para todos los gustos. Aunque el cronista no lo menciona, suponemos que abundará el imperativo "Llevad la derecha", que es uno de los letreros más estimables, y algunos otros popularizados entre nosotros. Pero no queremos referirnos a los que afectan a la seguridad personal, ni a la higiene, ni al modo de conducirse en sociedad. Vamos a recoger otros que *Mascarilla* no destaca con el necesario relieve, y que nosotros tenemos interés en difundir, a ver si se enteran las chicas guapas que uno se encuentra por la calle, en el Metropolitano y en la Dehesa de la Villa.

Dice el cronista: "Es fácil encontrar alegres grupos de muchachas con gorras en las que se lee:



Ella.—¡Yo no sé cómo puede usted con tanto chato! Yo me tomé uno una vez, y me puse muy mala.

El.—Pero es que aquel chato te lo tomaste detrás de una puerta... y era de oficio arbañi.

Dib. de Bellón.

"Abórdeme usted", "Acérquese usted", "Tengo ganas de divertirme", "Poseo buen carácter", y cosas parecidas". Y agrega inmediatamente: "No hay que asustarse. Son buenas chicas".

Posiblemente, el añadido lo juzgarán nuestros lectores lo mismo que lo hemos juzgado nosotros: bastante ocioso. No hay cuidado. Si uno se tropieza con un alegre grupo de muchachas que exhibe un letrero de los copiados, uno no se asusta, a menos que uno sea obispo de Guanabacoa o académico de Ciencias Exactas. ¡Y aun así! Lo probable, mejor diríamos lo segurísimo, es que uno se aproxime al alegre grupo y exclame:

—Usted dirá si desea que me acerque hasta la incrustación. O si sus ganas de divertirse van unidas a cierto apetito de movimiento. O si su carácter es tan bondadoso que tolera el mordisco, el alarido y la caída postrera.

O algo por el estilo. O, mejor, no decir nada y en seguida situarse en un "plan caballo"—que es la frase lanzada anteayer por la tarde—y hacer lo que corresponde al referido e inteligente animal.

Pero no abandonemos la lección de costumbres que aspiramos a dar desde estas columnas. ¿Qué tienen que decir las madrileñas de las alegres chicas de Nueva York? Nada, no podrán decir nada de ellas. Y, sin embargo, estas alegres chicas exhiben esos letreros capaces de consolar y arruinar a un cenobita de los más cenobitas. ¿Vamos a lanzar aquí esas magníficas costumbres?

Nuestra proposición se reduce o constriñe a que las chicas guapas—y si acaso alguna fea, siempre que vaya acompañada de seis guapísimas—exhiban letreros reveladores de lo que los filósofos llaman "estados de alma". Lanzamos los siguientes:

"He salido con ganas de describir círculos concéntricos."

"Me voy a conformar con una cerveza y un bocadillo."

"No sea usted pelmazo."

"Hoy m'ha dao el ataque."

"¡Con la de catres que hay va-cíos de seis a siete!"

Y cosas del mismo jaez.

Si logramos establecer en Madrid



¡LA MUY PEDAZO DE HIJA DE MI CORAZÓN!

Ella.—Sólo le pido una cosa a su caballerosidad: Que si me besa no me bese en la nuca, porque me pongo tan nerviosa, que haría usted de mí lo que le diera la gana.

Dib. de Herreros.

estas magníficas costumbres, todos obtendríamos un positivo beneficio. Se reduciría considerablemente el número de pantalones chanchullo. Acudirían las nenas a casa un poco retrasadas, pero con más apetito. No se verían tantas caras largas los domingos por la tarde. Aumentarían los excelentes y patrióticos contactos—que decía aquel médico—de las mucosas con las mucosas. Y abundarían los sibaríticos cascos de traumatismo del esternón, porque, ¿quién se iba a negar a dar el pecho?

Claro está que hay que prevenirse contra el abuso de esos letreros sentimentales y expresivos. Para eso bastaría con llevar a mano uno que permitiese responder a la insinuación de una demente obesa, peluda y con cincuenta y cinco otoños, con este delicado concepto:

"A otro can con esa esquirla."

VENEGAS

¡Pero qué cosa más rica de

Almanaque!



## ALBUM DE BELLEZA **CARMEN DE GRANADA** LAS ARTISTAS GUAPAS

No creo que he de necesitar esforzarme en hacerles comprender que *aquí* la aplaudida artista y mujer dislocante, es de las que apenas vistas la primera vez, nos convierten a los varones... en duques lo menos. Es una mujer de tan avasalladora sugestión, que el otro día la vió actuar con ese traje un niño de ocho años, y salió del teatro gritando: "¡Yo quiero entrar en quintas! ¡Yo quiero entrar en quintas!" Vuestro hasta la genuflexión, INCÓRDIEZ.

NOTA: La bella Carmen de Granada, será una de las atracciones de nuestro almanaque.

100



**ALBUM DE BELLEZA** La excelente rubia del *monó* (¿He dicho excelente?, pues me he quedado más corto que un *chaval* de once años delante de una bañista opulenta.) nos pone de manifiesto, y nos pone como para que nos refresquen, la última moda en ligas: *La de la buena sombra*, llaman las elegantes, a la que luce en la mordible pierna esta americana que... ¡Bueno *pa qué!* Vuestro hasta el frutal, INCÓRDIEZ.